LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 18 DE MARZO DE 1889 — NÚM. 377

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MADONNA, cuadro de Carlos Dolce, existente en la Galería Corsini Roma, (grabado por M. Weber)

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *El Laberinto del Amor*, por don F. Moreno Godino. – *Personajes cómicos para hacer un drama realista*, por don Carlos Frontaura. – *El perro generoso*, por don Alberto Llanas. – *El edificio de la Universidad en Alcalá de Henares*, por don F. Giner de los Ríos. – *Las canalizaciones eléctricas en Londres y en París.*

Grabados. – *Madonna*, cuadro de Carlos Dolce, existente en la Galería Corsini, Roma. – *Soldados alemanes de caballería, junto á una fuente*, (del album de croquis de T. Rocholl). – *El retrato del sargento*, cuadro de Meissonier. – *La puesta del sol*, cuadro de H. Prell. – *Rebaños en el torrente*, cuadro de F. Voltz. – *Lo que no hay en el pueblo.* – *Pescadora gallega*, apuntes de B. Galofre. – *Zenora Pastrana, mujer barbuda.* – *Suplemento Artístico: Visión del emperador Maximiano*, cuadro de E. K. Liska.

NUESTROS GRABADOS

MADONNA, cuadro de Carlos Dolce

En pintura, como en todo, lo bello y lo bueno no pasan nunca de moda; podrá haber habido algún tiempo en que á las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel se les atribuyera, á falta de otros, el defecto de un purismo exagerado y en algunos casos de una sencillez llevada hasta el último límite, y sin embargo el ánimo se ha extasiado, se extasía y se extasiará siempre ante los preciosos lienzos de tan portentosos genios. ¿Qué mejor prueba para nuestro aserto que aquel brillante período iniciado á fines del siglo décimosexto en la corte de los Médicis, en ese emporio de sublimidades artísticas que surgió á orillas del Arno, período al cual con razón se ha calificado de «Renacimiento del buen gusto»? Y es que los tiempos varían, pero poco á poco vuelven siempre á lo mejor.

A esta escuela purista que bebía casi todas sus inspiraciones en los abundantes manantiales de la religión y de la fe perteneció Carlos Dolce (1616 á 1686), discípulo de Vignali, cuyas *Mater Dolorosa y Santa Cecilia*, reproducidas hasta lo infinito, justifican la fama de que gozó entre sus contemporáneos y en las posteriores generaciones.

La *Madonna* de Dolce es un modelo de dibujo y de colorido, pero tiene, además, otra particularidad nacida del sentimiento que la figura saliente del cuadro respira: los que han admirado esta pintura en la Galería Corsini, de Roma, habrán podido observar que la dulce expresión de la Virgen refleja no solamente la dicha inefable que embarga á la Madre del Salvador – dicha que en las Madonnas de Rafael aparece con tantos encantos retratada, – sino también una pena vaga, indefinida, hija de un divino presentimiento: la Madonna de Dolce parece adivinar que algún día se la invocará con el dictado de *Mater Dolorosa.*

Soldados alemanes de caballería, junto á una fuente

(Del album de croquis de T. Rocholl)

Los militares y la guerra han proporcionado siempre materia abundante para cuadros y sobre todo para apuntes tomados precipitadamente del natural, ora aprovechando un descanso del ejército en campaña, ora sorprendiendo un episodio notable en una sangrienta batalla. El pintor alemán Rocholl ha logrado reunir en un álbum una porción de preciosos croquis sacados por él, entre los cuales figura el que reproducimos y que representa á unos soldados alemanes de caballería apagando su sed y la de sus cabalgaduras en una rústica fuente. La naturalidad en las actitudes y la expresión de los jinetes y la verdad con que están dibujados los caballos honran al artista que los ha trasladado al papel y justifican la fama de que goza el autor del cuadro al óleo que con el título de «Episodio de la batalla de Vionville» tan celebrado fué en la última Exposición de Munich.

EL RETRATO DEL SARGENTO cuadro de Meissonier

¿Necesitaremos llamar la atención del lector hacia este grabado, copia exacta de un cuadro del insigne Meissonier? Contémplese detenidamente, examínese la actitud y la expresión de las diferentes figuras en él trazadas, y se convendrá en que es digno de la justa fama de que goza el autor, que añadió con él una página más á las muchas de gloria que constituyen la historia de su vida artística.

LA PUESTA DEL SOL, cuadro de H. Prell

Este cuadro es una tierna y expresiva alegoría. Llegada la hora del crepúsculo vespertino, esa hora en que todo empieza á entregarse al reposo en la naturaleza, la cuidadosa madre regresa al hogar doméstico para recoger en él á su hijuelo. Un ángel, con pintadas alas de mariposa, agita una campanilla como indicando al niño que ha llegado el momento del silencio y de conciliar ese sueño de la inocencia no agitado aun por cuidado alguno, á cuya indicación corresponde la criatura extendiendo su bracito al ángel en ademán de obediencia.

Esta idílica escena, á la que presta mayor encanto todo el ambiente de la amena campiña, y la melancólica luz crepuscular, está presentada con tanta suavidad como delicadeza de tonos y matices, y es una brillante prueba de la imaginación creadora del artista.

REBAÑOS EN EL TORRENTE, cuadro de F. Voltz

En poesía como en pintura, el idilio ha revestido formas distintas según el gusto de la época; así en el siglo décimo octavo no se comprendía este género si no estaba representado por unos pastorcitos muy caprichosamente vestidos, que apacentaran rebaños convencionales en imaginarios paisajes; hoy en cambio, lo primero que al pintor se exige en esto como en todas las especialidades es la reproducción fiel y verdadera de la naturaleza que, dígase lo que se quiera, siempre ofrecerá al artista espectáculos más bellos, más grandiosos y más sublimes que los que pueda forjar la más brillante y excitada fantasía. Dígalo, sino, F. Voltz cuyos cuadros no son menos bellos por ser más naturalistas: sus reses están tan exactamente reproducidas que no habrá ganadero que no conozca á qué razas pertenecen, sus pastores son pastores de verdad y sus paisajes no son ni más ni menos que unos de tantos como pueden verse especialmente en las comarcas del Sud de Alemania. ¿Y negará alguien que el cuadro que reproducimos, por ejemplo, despierta en el ánimo del espectador aquel dulce sentimiento, aquel inefable deleite que en todo el que siente produce la vista de lo realmente bello?

Juan Federico Voltz, hijo del pintor y grabador Juan Miguel Voltz, nació en Nordlingen en 1817: á los 17 años pasó á Munich á proseguir los estudios artísticos que había empezado bajo la dirección de su padre y á los 26 hizo un viaje de estudio por Alemania, Tirol, Italia, Bélgica, Holanda y Francia con el propósito de perfeccionarse en el género de pintura á que se dedicaba y de ampliar sus conocimientos sobre el reino animal. Por la colección de sus cuadros, dibujos, croquis y estudios que después de su muerte expuso la dirección de la Galería Nacional de Berlín, pudieron los críticos y aficionados comprender cuántos años de estudio y de ímprobos trabajos representaban la maestría y el éxito alcanzados por el primer pintor de idilios de los tiempos modernos.

LO QUE NO HAY EN EL PUEBLO – PESCADORA GALLEGA apuntes de B. Galofre

Nuestro asiduo colaborador y paisano es de esos artistas que no pierden ocasión de estudiar toda clase de tipos y figuras hasta en sus menores detalles y actitudes, lo cual hace que las de sus cuadros parezcan, más bien que dibujadas, irreprochables reproducciones fotográficas. Los dos ligeros apuntes que incluímos en este número son una nueva prueba de la notable facilidad de su lápiz, y de la verdad artística que descuella en todas sus obras, por insignificantes que sean.

ZENORA PASTRANA, mujer barbuda

(De una fotografía)

En la Exposición antropológica que tiene actualmente abierta en Munich el señor J. B. Gassner figura el extraordinario ejemplar que reproducimos y que constituye un caso rarísimo de exceso de pelo ó *hypertrichosis.* Zenora Pastrana es una joven de 29 años, de esbelta figura, de graciosos movimientos y sin más defecto físico que tener el cuerpo (á excepción del pecho) y el rostro excesivamente cubierto de pelo: ejecuta con habilidad suma todos los trabajos propios de su sexo, posee á la perfección varios idiomas, tiene conocimientos musicales nada comunes y baila, según afirman testigos presenciales, con gracia encantadora. Este conjunto de buenas cualidades explica que á los 17 años se casara, á pesar de su gran defecto, con un americano que falleció en 1884 en San Petersburgo y del cual tuvo un precioso niño rubio que murió á la edad de 7 años y que no había heredado ni poco ni mucho la hypertrichosis de su madre. Esta, como puede verse en el grabado, tiene la cabeza de hombre con crespa cabellera y poblada barba.

Este fenómeno tiene su explicación científica que destruye por completo la fábula de los supuestos hombres-fieras.

SUPLEMENTO ARTISTICO

VISIÓN DEL EMPERADOR MAXIMIANO cuadro de E. K. Liska

Maximiano, elevado en 285 por Diocleciano á la dignidad de César y nombrado emperador de Italia y de Africa cuando en 292 se procedió á la división del romano Imperio, distinguióse por la crueldad con que persiguió á los cristianos, muchos de los cuales perecieron por orden suya en medio de los más atroces martirios. En el año 305 abdicó y cinco años después fué asesinado.

¿Llegó á sentir remordimientos por las víctimas á su furor inmoladas? Punto es este que la historia no ha aclarado; pero si realmente los tuvo, difícilmente podrían ser mejor expresados que lo están en el cuadro de E. K. Liska. Atormentado por terribles visiones, abandona el ex-emperador su lecho y encaminándose á la terraza de su palacio busca en la tranquilidad de apacible y serena noche de luna la calma que no le es dado en parte alguna disfrutar. Pero hasta allí le persiguen las sombras de tantos cristianos por él sacrificados: en vano con la faz contra el suelo y envuelto en su manto trata de apartar sus ojos de la triste aparición, en vano procura convencerse de que ésta es simple engendro de su calenturienta fantasía; los mártires están siempre ante su vista y su rostro sereno y radiante de gloria contrasta con la contracción rabiosa de las facciones del mísero verdugo. Liska ha sabido reproducir en admirable lienzo el incontrastable poder que la conciencia ejerce en el ánimo del hombre más malvado.

Esto, y la primorosa ejecución de los detalles que avaloran aun más la obra del célebre profesor de la Escuela de Artes de Praga, justifican el fallo del Jurado que recientemente le otorgó en Munich la segunda medalla de oro.

Desgraciadamente esta perla del arte pictórico ha sido hace poco tiempo destruída en parte por un incendio: una chispa de una de las lámparas eléctricas que iluminaban el salón en donde estaba expuesto el cuadro (en Praga) le prendió fuego consumiendo por completo entre otras cosas la figura del emperador.

Liska, nacido en Mikulovic (Moravia) en 1852, pasó los primeros años de su juventud en Bohemia é hizo sus primeros estudios en la Academia de Artes plásticas de Praga, bajo la dirección del director y de Swerts; desde 1878 á 1880 estudió en Munich con el profesor O. Leitz y últimamente fué nombrado profesor de la citada escuela de Praga.

Entre sus mejores obras pueden citarse, además de la que reproducimos, sus *Manfredo y Astarté, Agar é Ismael, Caín*, y *Jesucristo en el monte Olivete.*

Además de la medalla de oro conseguida en Munich, ha obtenido un premio en Roma y por concurso fué designado para llevar á cabo la ornamentación del Teatro Nacional Bohemio, de Praga.

EL LABERINTO DEL AMOR

I

Muchos poetas y escritores clásicos, y aun algunos románticos, se han ocupado del Laberinto de Creta. El *hilo de Ariadna* es una frase de la que se ha abusado casi tanto como de la *espada de Damocles.* En cambio, nadie, que yo sepa, excepto Suetonio, é Hipatia de Alejandría, han mencionado el Laberinto del Amor.

Y eso que entre estos dos laberintos media un abismo, el abismo de ser ó no ser.

El Laberinto de Creta es una ficción. Ariadna, desenvolviendo de su madeja el hilo conductor que la asegurase la salida, es el mito del ingenio y de la previsión con los que se sale de los más grandes atolladeros. El Laberinto del Amor es histórico y constituye una de las rarezas de la antigüedad.

Semíramis, la gran reina de Asiria, como toda mujer era caprichosa; y después de erigir á Belo, fundador de su dinastía, un templo suntuoso, concibió el capricho de construir el extraño laberinto de que voy á ocuparme.

La idea del templo era magnífica, digna de Babilonia. Un poeta ha traducido el pensamiento de Semíramis en los siguientes versos:

¡Oh, Belo! inmortal padre, dios de dioses!
Dentro del babilónico recinto,
un templo he de erigirte, cual dechado
y homenaje á tu gloria y mi cariño.
Techos de oro de Tíbar con labores
de incorruptible alerce entretejidos,
por columnas de plata sustentados,
con capiteles de coral marino;
aunque no á tu grandeza suficientes
serán del arte humano lo más rico.

La idea del Laberinto es una lucubración; el despilfarro de grandeza de un monarca.

II

El Laberinto estaba situado á cinco millas de Babilonia. No era como el de Creta un jardín lleno de senderos y de recovecos de arbustos, de céspedes y de malezas, sino un edificio construído de macizas piedras. Su forma era cuadrilátera y abarcaba un espacio de siete millas. Tenía una sola puerta, y una hilera de ventanas, ó mejor dicho de claraboyas enrejadas, á gran distancia del suelo. Su construcción exterior no ofrecía nada de particular, si se exceptúa un friso de alto relieve lleno de figuras que representaban á amantes castigados por el exceso de sus pasiones: unos que se arrojaban al mar desde una alta roca, otros que se abrasaban en una pira, y muchos devorados por hidras y endríagos, emblemas de la libidinosidad.

Sobre la puerta del edificio había esta inscripción:

El que después de internado en este recinto, volviere á este umbral, será salvo.

A los que ingresaban en el Laberinto se les hacía leer ó se les leía la inscripción. Luego penetraban en un vestíbulo, en donde les tapaban los ojos, hasta que les conducían bien adentro, y cuando les devolvían la vista, hallábanse en una galería ó pasillo altísimo de techo, construído de muros de piedra sin adorno alguno, y que recibía la luz por medio de las claraboyas ya mencionadas, ó bien por rompimientos de piedra traslúcida, abiertos en el techo. El piso era también de piedra.

El condenado al Laberinto del Amor, recorría aquél y llegaba á otro y á otros cien todos iguales, de una monotonía desesperadora, cortos, llenos de ángulos y de recodos construídos con un ingenio *desvanecedor;* pues, con efecto desvanecía á cuantos andaban por ellos, haciéndoles perder la noción del sitio en donde se hallaban.

A veces, en la pared de piedra, el prisionero veía una puerta sin hojas; penetraba por ella, y se hallaba en una pieza rotonda en la que invariablemente había los mismos utensilios; una tarima con cabezal de piedra, una pila de piedra que recibía un chorro de agua de un caño de piedra, y una mesa de piedra también, surtida de manjares, fiambres y de frutas. Cómo y quiénes, sin ser vistos, proveían esta mesa, se ignora; era uno de los misterios de aquel extraño recinto.

Debía haber muchas rotondas; pues los prisioneros las encontraban con bastante frecuencia, pero tan enteramente iguales, que los reclusos las confundían entre sí, y perdían la idea de la en que entraban. Todo estaba previsto, en estas piezas había tres huecos hechos en la pared, llenos de prendas de vestir y de calzado de todos tamaños, para que los prisioneros pudiesen renovar sus trajes. En cuanto á calefacción lo cálido del clima la hacía innecesaria.

No había alumbrado. Al llegar la noche el laberinto quedaba en tinieblas, y los reclusos sólo veían la claridad de la luna ó de las estrellas que penetraba tenuemente por las altas claraboyas; así es que los que llevaban algún tiempo encerrados, aleccionados por la necesidad se apresuraban á buscar alguna rotonda, no bien comenzaba el crepúsculo nocturno, para descansar sobre las tarimas de piedra que les proporcionaban una comodidad relativa. Pero sucedía á veces que á algún novicio le sorprendía la noche en las galerías, y tenía que pasarla tendido en el suelo.

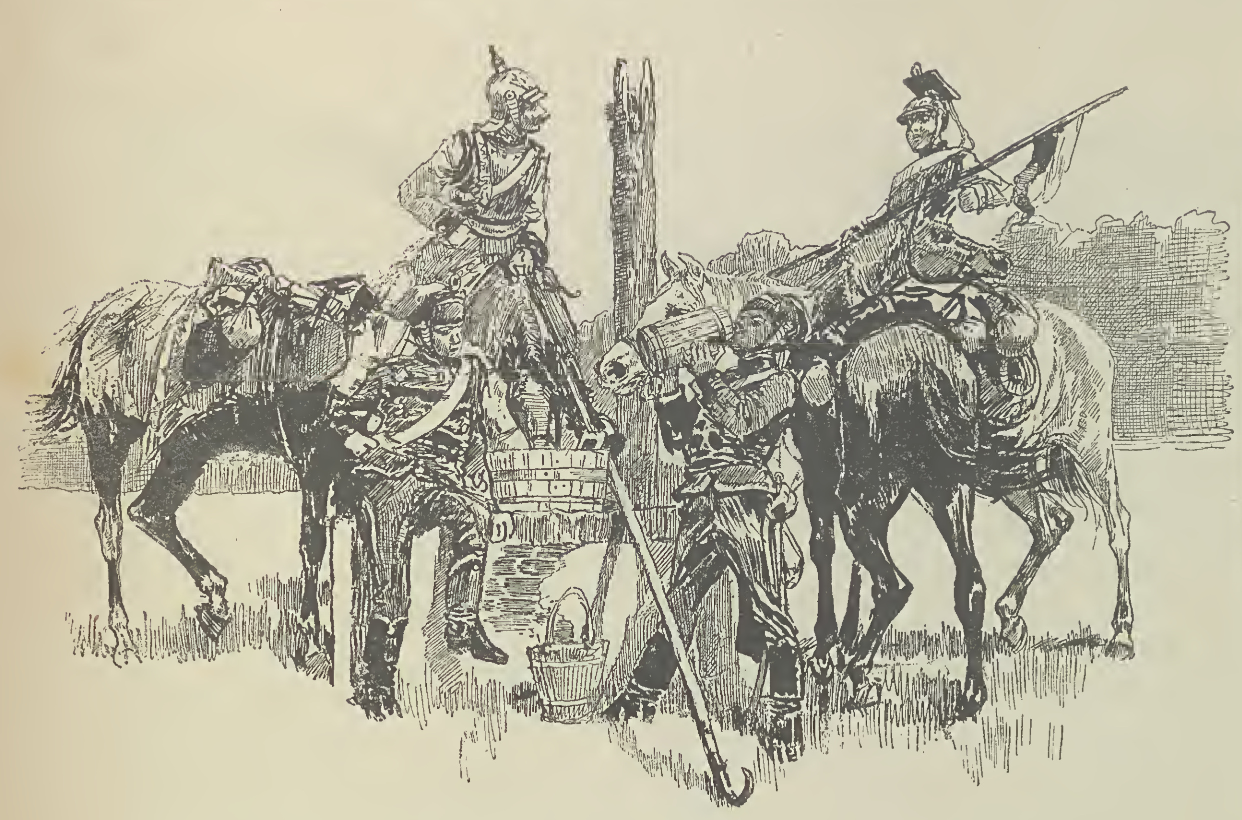
No quiero hacer mención de otros lugares muy necesarios, sólo repetiré que todo estaba previsto.

III

Aunque los condenados tuviesen cómplices en el delito por el que eran castigados, siempre ingresaban solos en el Laberinto. Esto les proporcionaba sorpresas y á veces gratas compensaciones. Vagando casi sin cesar por aquellos pasillos encrucijados, con la esperanza de hallar la salida, solían encontrarse con la mujer *consorte* de sus excesos, ó con otras desconocidas que les consolaban más ó menos de su reclusión. Esto parecerá un contrasentido: ¿cómo Semíramis, la severa Semíramis, permitía esta conjunción de sexos? Sin duda por un refinamiento psicológico. Los amantes se hastiaban del amor, ó morían á consecuencia del abuso; eran como el Judío errante desesperado por vivir eternamente, ó bien así como un jugador siempre ganancioso, que concluiría por aborrecer el juego.

Además estos encuentros originaban catástrofes. A veces se encontraban dos que habían sido enemigos ó rivales, ó surgían celos y rivalidades repentinas; y no era extraño hallar en las galerías ó rotondas, hombres y mujeres estrangulados ó con la cabeza deshecha. La reclusión exasperaba las pasiones, los homicidios y suicidios eran frecuentes, y eso que al entrar en aquel recinto, todos eran registrados cuidadosamente, á fin de que no tuviesen armas ó hilos conductores como la previsora Ariadna.

Como es natural á todos los prisioneros predominaba la idea de la libertad. Habían leído ú oído leer la ins-



SOLDADOS ALEMANES DE CABALLERÍA JUNTO Á UNA FUENTE *(Del album de croquis de T. Rocholl)*

cripción de la puerta de entrada, sabían que si encontraban la salida estaban perdonados, y la buscaban con anhelo tenaz. Aquellas altas paredes les ahogaban, el techo pesaba sobre ellos como la losa de un sepulcro, su existencia inactiva era un suplicio en aquel calabozo inmenso; pues tiene razón el que dijo que la monotonía es madre de la desesperación y abuela de la muerte. Sin la esperanza de pisar el umbral deseado, sin la exasperación de la lucha contra aquellos pasillos desvanecedores, que en cierto modo les distraía; la mayor parte de los reclusos se hubieran suicidado, rompiéndose el cráneo contra los muros de piedra, ó estrangulándose. Aun así los muertos menudeaban, y desaparecían al poco tiempo. ¿Cómo y quiénes se los llevaban? Se ignora; por eso he dicho al principio que el Laberinto del Amor constituye una de las rarezas de la antigüedad.

IV

Es de suponer que entraron muchos en el Laberinto del Amor, porque el clima y las costumbres de Asiria predisponían á los desbordamientos amorosos; pero los pocos autores que de esto tratan, sólo hacen mención de dos que llegaron hasta el umbral de salida, y de uno que consiguió salir.

Arbaces era un sacerdote del templo de Belo, en donde por mandato de Semíramis y según versión del antedicho poeta:

Cien fieros tigres con la piel pintada
y cien corderos de vellón albino
se inmolaban al pie del ara sacra
al romper la mañana, en sacrificio.

Arbaces escamoteaba de esta doble hecatombe algunos corderos y algunas pieles de tigre; y descubierto su delito fué condenado al Laberinto del Amor. Se ignora la causa excepcional de este castigo; pues aquél, como ya se ha dicho, estaba destinado exclusivamente á punición de faltas amorosas. El culpable sacerdote ingresó en el laberíntico recinto, y fuese por casualidad, por superior astucia, ó por inspiración de la divinidad á cuyo servicio había estado, consiguió llegar al umbral de salida; pero en aquel momento, cuando creía estar en salvo, cuando veía el sol radiante dorar la campiña de Babilonia, un áspid oculto, no se sabe dónde, se abalanzó á él, picóle en un pie y le produjo instantáneamente la muerte.

Segunda persona que pudo hallar la puerta salvadora, fué una joven llamada Hermione. Esta había huido con su amante, dejando á su padre moribundo. Los que perseguían á la culpable pareja hallaron á la desnaturalizada hija en la frontera de Arisba, sola y abandonada por su infiel seductor. Fué condenada al Laberinto, y casualmente sin duda, encontró la puerta de salida; pero en aquel preciso instante, vió á su pérfido amado, que, capturado también, ingresaba en el recinto condenatorio, é impulsada por su no extinguida pasión, renunció á la libertad, y se encerró con aquél.

Falta sólo mencionar al único que consiguió salir del Laberinto. Era un joven masageta, llamado Orontes. Por codicia se unió á una mujer muy vieja horriblemente fea, pero riquísima. Como es consiguiente, el joven hizo lo que todos los que se hallan en igual caso; dilapidó los bienes de su conjunta persona en orgías y devaneos, y concibió hacia ella un horror invencible; hasta que cansado de sufrir reproches y rarezas, la abandonó, pero con *eclat* como diría un francés. Una noche, estando ambos en el vestíbulo de su casa, Orontes amordazó, ató y desnudó por completo á su vieja consorte, tomó cuanto pudo y huyó de Babilonia, dejando abierta de par en par la puerta de su morada, que daba á la calle. Los madrugadores vieron á la vieja amarrada á un poste y en aquel traje primitivo, el hecho cundió por la ciudad y hubo un *escándalo risueño*, que llegó á los oídos de Semíramis.

Se persiguió al calavera masageta y fué preso. Condenaron á los dos ex-amantes: á él por su vil proceder, á ella por su erotismo extemporáneo, y por un refinamiento de crueldad les hicieron ingresar juntos en el Laberinto del Amor. Es de suponer lo que sucedió allí dentro. El joven, en cuanto pudo, se escabulló de su compañera, por entre aquellas encrucijadas, y sin duda inspirado por la repulsión que hacia ella sentía y por el temor de encontrársela, consiguió hallar la puerta de salida, y lo que nadie hasta entonces, la libertad.

V

El Laberinto del Amor no existe. Ni aun quedan vestigios de él en lo que fué campiña de Babilonia; pero la idea que materializó la gran Reina de Asiria, es eterna. Acaso en el transcurso del tiempo y con el mayor grado de civilización se modificarán y encauzarán las pasiones, pero la del amor siempre tendrá en el espíritu humano un laberinto inextricable.

F. MORENO GODINO

PERSONAJES CÓMICOS

PARA HACER UN DRAMA REALISTA

Francamente, y digan ustedes lo que quieran, no vuelvo á casa de mi antiguo amigo Cosme, amigo y compadre, porque es de saber que fuí padrino en su boda con la hija de Carrasquillo, un agente de negocios muy pesado que tiene fritos á los jefes de negociado de todos los centros administrativos. Cosme, abogado sin pleitos, un tantico tocado de poeta chirle, que se vale de la circunstancia de no existir ya Colón, ni Calderón, ni Cervantes, ni Espartero, ni Prim, para dispararles alevosamente de cuando en cuando una poesía, y si vivieran no lo haría impunemente, vocal de una infinidad de Juntas de Sociedades para el fomento de esto, lo otro y lo de más allá, que no fomentan maldita la cosa, estaba un poquito escaso de fondos, cesante de un destinillo que le dió un ministro á quien se lo sacó su hermana Adela, una viuda que ha dado mucho que hablar en Madrid. Conoció en el teatro de la Comedia, en el que tenía entrada por munificencia del empresario, á la hija de Carrasquillo, una joven bastante compuesta, con los ojos tiernos, la boca espléndida, la nariz no precisamente griega, pero algo inclinada á la derecha, y á pesar de todo, le impresionó sabiendo que era hija única y el padre persona bien acomodada y relacionada.

No teniendo cosa mejor que hacer Cosme, hizo el amor á Trini, que así quiere Trinidad que la llamen, y le *hizo* unos versos, que no se los quisieron publicar en *El Tío Jindama*, y me *hizo* que le presentase á Carrasquillo, y en fin, *hizo* de modo que á los dos meses ya estaban hechas la ropa y las diligencias matrimoniales, coronando la fiesta con hacerme ser su padrino, lo que me costó regalar á la novia una sombrilla encarnada como no hay otra en Madrid y al novio una colección de *La Lidia*, que no me hacía falta. Y siempre agradeceré al padre el empeño que tuvo de pagar él solo el banquete en Fornos y las cajas de dulces que repartió á los conocimientos, bien que para conseguir de mí que le cediese esta satisfacción hubo de suplicármelo casi con lágrimas en los ojos; de tal suerte, con tanta energía y decisión defendía yo mis derechos de padrino. Por esto el padrinazgo me salió por una friolera, de lo que me holgué grandemente, y el bueno de Carrasquillo quedó persuadido de que si llego yo á pagar el alboroque, habría sido capaz de gastarme un dineral, y lo hubiera sentido el hombre porque, «ustedes, me dijo con su habitual delicadeza, los que escriben todas esas historias y novelas en los papeles, ya sé que están Vds., por lo regular, á la cuarta pregunta.»

Siete meses largos hace que Cosme se casó con Trini, y vive en casa de su suegro, que le utiliza en la agencia de negocios y anda viendo como le hace hombre, según la propia frase de Carrasquillo. Yo visité á esta apreciable familia los primeros días después del fausto suceso, pero luego, tres ó cuatro veces fuí y no estaba Cosme, y su mujer no se había levantado, ó la estaban peinando, y Carrasquillo tenía gente, y no volví. El otro día me encontré á Carrasquillo que salía de Gracia y Justicia, adonde había ido, me dijo, á sacar unos papeles de un canónigo de Cuenca, y me reconvino porque no iba á ver á Cosme y á su mujer.

– Y yo también me he casado, – añadió, – dejándome absorto.

– ¿Usted?

– Sí, señor. No hemos dado parte á nadie porque... ¿para qué?... Mi mujer es una viuda, ya mujer hecha, y que no está metida en los trotes de la sociedad, una persona formal y de peso... y ni ella ni yo hemos querido dar un cuarto al pregonero con nuestro casamiento.

– Han hecho Vds. muy bien.

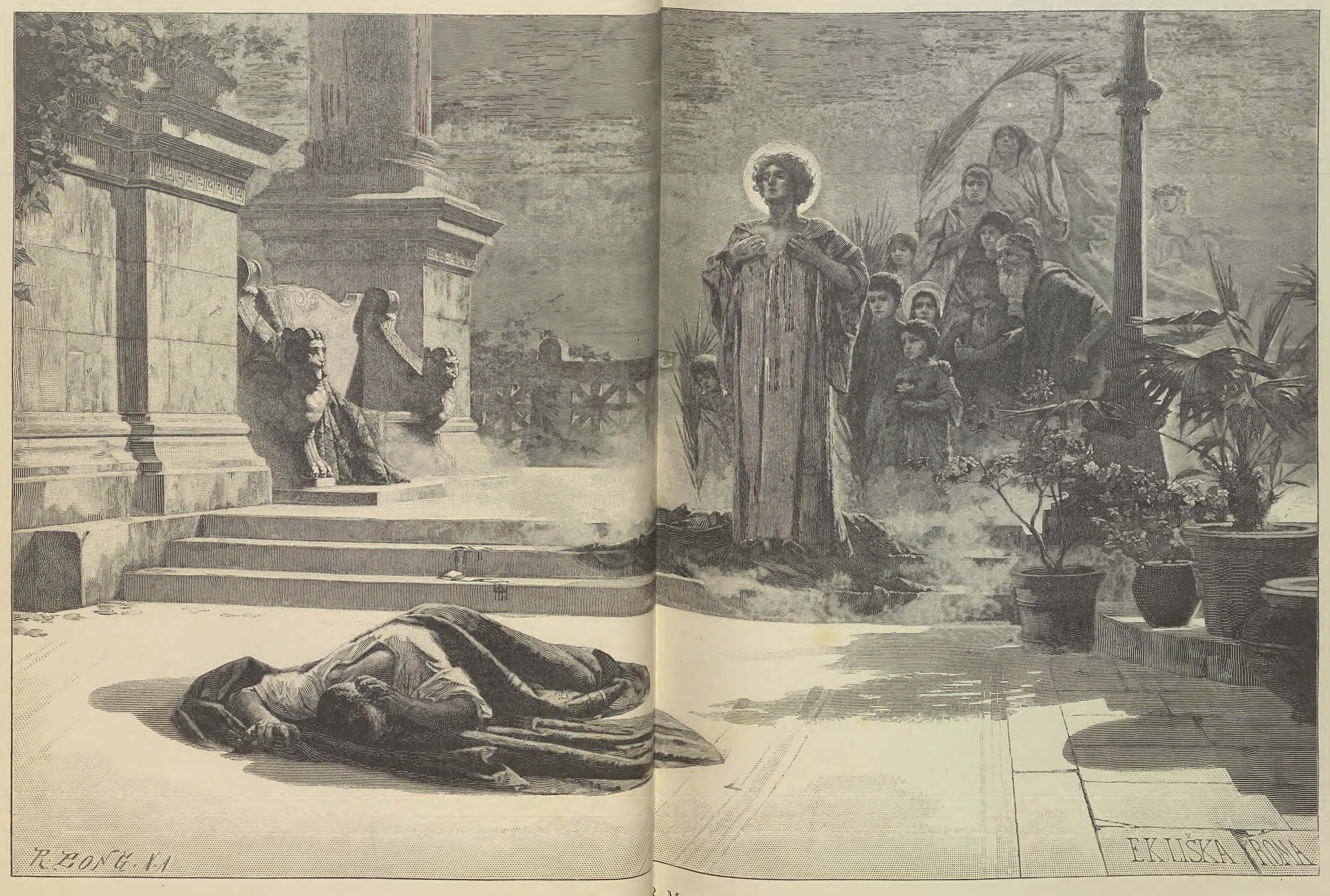
– Mire V., era caso de conciencia, porque la que es hoy mi señora, la conocí á poco de quedarme viudo... relaciones antiguas, ¿sabe V.?... y mientras estuvo Trini soltera, es claro, no pensé en darle madrastra, pero en cuanto la casé con Cosme, dije: «Ahora es la mía,» y he cumplido con esa señora como estaba en el orden. Su marido fué de la curia, pero no servía para el oficio por ser demasiado hombre de bien; sin embargo, dejó á su viuda un poco de papel que yo se lo he manejado, y estoy seguro de que si en el cielo ó donde se halle ha sabido nuestro enlace se habrá alegrado, porque muchas veces le oí decir, cuando ella le reprochaba que no tenía carácter ni



EL RETRATO DEL SARGENTO, facsímil de un agua fuerte de Mongiu, cuadro de Meissonier



LA PUESTA DEL SOL, cuadro de H. Prell



VISIÓN DEL EMPERADOR MAXIMIANO, cuadro de E. K. Liska



REBAÑOS EN EL TORRENTE, cuadro de F. Voltz



PESCADORA GALLEGA, *apunte de B. Galofre*

trastienda, ni picardía: – «Con Carrasquillo es con quien tú debías haberte casado;» – que bien sabía el pobre que yo no me mamo el dedo como él, Dios le tenga en la gloria. Con que no deje V. de ir por casa alguna noche. Ahora no salimos porque Trini está embarazada y anda fastidiosilla y á Cosme no le deja salir solo, y allí nos estamos los cuatro, y suelen bajar las andaluzas del 3.°, y subir el pedícuro del principal, Fernández, que está ganando un dineral, operando á lo mejor de Madrid.

Anoche me hallaba tan aburrido y mal humorado, que dudando estuve si iría á ver una comedia simbólica ó á Carrasquillo y su familia, pero me decidí por este último espectáculo, que sería, sin duda, el de la felicidad ajena, tan grato para toda persona de buenos sentimientos.

¡Jesús! nunca hubiera ido. ¡Qué familia! La mujer de Cosme está horrorosa. Dicen que el amor todo lo embellece, pero á Trini la ha afeado el amor, ó lo que sea, de una manera muy alarmante. Los ojos con ribete sanguinolento, la boca desmesurada le llega de oreja á oreja, la nariz se le ha afilado y torcido un poco más, y en fin, la pobre ha perdido la esbeltez y gallardía de doncella, que era, en puridad, su único atractivo. ¡Y qué fastidiosa y enojosa! Cosme, cuando yo entré, iba á salir por no faltar á una junta de la sociedad para fomento del arbolado, pero Trini se había sentido indispuesta y ya no salía Cosme.

Advertí que éste llevaba en el ojal de la levita una roseta así á modo de insignia, y le pregunté:

– ¿Qué es eso?... ¿Estás condecorado ó es el distintivo de la sociedad de arboricultura?...

– Es, – me dijo Carrasquillo, – que le hemos dado la cruz de Isabel la Católica, y no pasará mucho tiempo sin que le saquemos la encomienda.

Dí la enhorabuena á mi amigo por tan señalada distinción, aunque me pareció que para premio de su acción heroica mejor le habría convenido la de San Fernando.

– Ahora saldrá Gregoria, – me dijo Carrasquillo, – que está allá dentro peleando con las criadas, y como ella es tan mujer de su casa...

– ¿Y qué dice de bueno la amable Trini?... – pregunté á la feísima esposa.

– ¿Qué quiere V. que le diga? – me contestó con aire displicente. – Ni salgo á ninguna parte, ni tengo humor de vestirme siquiera, ya ve V. como estoy, envuelta en esta bata y sin ganas de moverme... Estoy mala...

– Vamos, pero ese es un mal pasajero, y presumo que ha de ser origen de venturas y alegrías sin cuento.

Me parece que no pude aludir más delicadamente al estado interesante de la mujer de Cosme.

Ella contestó haciendo un mohín, con que agravó un momento su fealdad:

– Dios quiera.

– El que está bueno, mucho mejor que antes de casarse, es Cosme. Bien se conoce que su mujercita le cuida...

– ¿Este?... – exclamó Carrasquillo, – éste propiamente está hecho un toro. Tal vida lleva el hombre. Un día, por gusto, te has de pesar en la báscula, – dijo á su yerno, que le miró furioso, – y verás como pesas una barbaridad. ¿No es verdad, Trini?...

– ¡Jesús! no le diga V. eso, – contestó Trini, – que le da rabia. ¿No conoce V. que quiere presumir de elegante y airoso?... ¡Ave María! son Vds. más tontos los hombres...

—Muchas gracias, señora, por la parte que me toca.

– No lo digo por V. Lo digo por mi marido. Desde que se ha casado se compone y se perfila mucho más. ¿No le ve V. que parece que va de conquista?

– Pero mujer, – replicó mi amigo contrariado, – ¡qué conquista ni qué calabaza! ¿no te dije que iba á una junta de la sociedad esa de los árboles?...

– ¿Y qué te importan á tí los árboles?...

– Es cuestión de higiene, de salubridad, de civilización, de ornato público y de buen gusto.

– ¡Bah! ¡bah! ¡pamplinas! – repuso la interesante esposa.

– Bueno, - dijo él con desabrimiento, – ya no voy, no se hable más de los árboles.

– Pues, hijo, haces muy mal en no ir, porque á mí no me importa un pito que vayas á esa junta ó á otra parte. Lo que es por mí te puedes ir y no volver hasta mañana.

– ¿Pues no dijiste que te ponías mala?

– Sí, pero ya estoy buena. Anda, anda á decir dónde se han de plantar los arbolitos. Siempre es bueno tener un pretexto para poder salir á todas horas.

– Yo no necesito pretextos y digo siempre la verdad...

– Sí, ya lo creo, menos cuando no.

La conversación entre los cónyuges iba tomando un carácter de gravedad que me pareció conveniente cortarla.

– A propósito, – dije, – ¿sabe V. á quien ví anoche en el Real?... A la de Redaño con su madre. Ya se ha quitado el luto y estaba elegantísima.

– Hijo, pues ahora será elegante, porque lo que es hasta ahora... Empiece V. porque tiene un cuerpo como un costal.

– Costales como ella me dieran á mí, – observó el padre.

– ¡Papá, por Dios!... – murmuró la pudibunda embarazada.

– Pronto se ha lanzado otra vez al mundo... Se conoce que la muerte del marido no le ha causado mucha pena.

– Señora, ya hace dos años largos que murió Redaño.

– Era muy buena persona.

– Con una cara de perro dogo, – observó Cosme.

– Un hombre muy agradable era, y un marido ejemplar, – dijo Trini, – no tenía presunción ni miraba á otra mujer que la suya... ni era, en fin, como otros... que al poco tiempo de casarse enseñan la oreja...

– Oye, oye, eso lo dice por tí, querido yerno. Esta noche estás un poco excitada, hijita.

– Sí, como siempre, – dijo sin poderse contener el marido.

– Esa excitación, – observé yo con la mayor candidez, – es efecto del estado interesantísimo en que se halla esta amable señora.

Y la amable señora me miró con llamaradas de ira en aquellos ojillos en que rebosaban el mal humor y los malos humores.

Y acaso me habría contestado una inconveniencia, si no hubiese hecho su entrada en el gabinete la esposa de Carrasquillo, una gran mujer, jamona, guapetona, frescachona, francota, risueña, que me alargó una mano gorda y blanda, y me dijo que tenía muchas ganas de conocerme.

– Yo le hacía á V. más joven, – añadió.

– Lástima, señora, – le contesté, – que no pueda usted hacer esa buena obra de rejuvenecerme.

– Vamos que no es V. tan viejo.

– No señora, tanto no, pero más de lo que quisiera.

– ¿Y cómo encuentra V. á Trini?...

– Muy bien, – contesté mintiendo.

– El embarazo la tiene á la pobre muy fastidiada. Y ella tiene la culpa, porque se ha acobardado, y no se atreve á moverse temiendo que le vaya á suceder alguna cosa. Yo bien le predico, pero no me hace caso. Todo el día había de estar en la calle, en paseo, viendo gente, distrayéndose, y por la noche al teatro, donde echen de esas comedias que hacen reir las tripas. ¡Jesús! si yo estuviera en su pellejo, no habría de soltar en todo el día el brazo de este buen mozo – (y miró á Cosme) – y le llevaría de acá para allá á todas horas. Una muchacha debe lucir el marido, sobre todo cuando el marido es como *verbo en gracia* que dijo el otro.

Y seguía mirando á Cosme que se hacía el distraído.

– Vaya, señora, – dijo Trini, – parece que está usted enamorada de él.

– ¡Jesús! mujer, contigo no puede una gastar una broma. Que diga el señor si no tengo razón en aconsejarte que no te apoltrones estando tan adelantada como estás, y teniendo un marido que te lleve y te traiga y que está siempre deseando complacerte, y que al pobre le tienes sin salir de casa los días y las noches...

– ¿Quién le detiene?...

– Mira, hija, con los hombres no hay que tirar mucho de la cuerda. Digo, esa es mi opinión.

– Usted, – dijo la mujer de Cosme, queriendo herir en lo vivo á su madrastra, – ya se conoce que tiene mucha experiencia. ¿Verdad, papá?...

– Lo que tiene Gregoria, y siento que esté delante, – contestó Carrasquillo, – es mucho saber y muchísimo sentido.

– Sí, aquí la tonta sólo soy yo, – dijo Trini.

– Y á todo callaba el pacientísimo cordero, – murmuró la frescachona mirando á Cosme que se estiraba el bigote.

De pronto se levantó mi amigo, y acercándose con simulada humildad á su mujer, le preguntó:

– ¿Estás mejorcita?... Saldré á ver si llego á tiempo á la junta.

– Sí, vete á la junta ó á donde te dé la gana, – contestó.

– ¿Adónde ha de ir más que á donde dice?... – dijo la madrastra. – Quien no le conociera y te oyera creería que el pobre Cosme es un tronera y un descastado. Vaya V., vaya V., Cosme, á su junta, y tráigale V. á su mujercita algún regalito, unos dulcecitos, que á la señorita le gusta mucho el mimo.

– Señora... – exclamó Trini, y creí que iba á soltar cuatro frescas á la mujer de su padre, pero se contuvo y añadió: – Más vale callar.

Aproveché la ocasión para despedirme. Trinidad me contestó con despego, Carrasquillo agradeció mucho mis plácemes por su casamiento con mujer de tan buenas prendas como Gregoria, y ésta, pasándose de cortés, y sin duda poco acostumbrada á recibir visitas, salió hasta la puerta con Cosme y conmigo, me hizo muchos ofrecimientos, me dió memorias para mi familia á la que no conoce, y á Cosme le despidió dándole una cariñosa palmadita en el hombro, y diciéndole:

– ¡Cuidadito con lo que se hace, buena pieza!

En la calle díjome Cosme que está harto de su mujer, y me hizo un grande elogio de las cualidades de la de Carrasquillo.

– Como habrás visto, – añadió, – es una mujer muy natural y muy llana y una jamona de superior categoría. No sé cómo no pegué á mi suegro cuando me dijo que se iba á casar, pero luego que la ha traído á casa, te digo que me he reconciliado con él y le he agradecido el favor que me ha hecho, porque no puedes figurarte qué vida tan arrastrada era la que llevaba antes con mi mujer y su padre.

– Basta, – le dije, – adivino el drama.

– ¿Qué drama?

– El de tu casa. Tú el marido infiel, tu suegro el marido estúpido y el padre tonto de capirote, Gregoria la

esposa adúltera y la madrastra implacable, y tu mujer la víctima.

Cosme se echó á reir, y nos despedimos, proponiéndome no volver á visitar una casa donde empieza á desarrollarse la acción de un drama realista con su adulterio y todo.

CARLOS FRONTAURA

EL PERRO GENEROSO

Un fabricante establecido en las inmediaciones de París tenía un magnífico perro de Terranova con el objeto de que el animal con sus ladridos advirtiera á los malhechores, que no se permitía la entrada en los vastos jardines que cercaban la fábrica, y en caso necesario castigara con sus dientes á los atrevidos que no hicieran caso de tales advertencias.

Había en la fábrica un aprendiz llamado Carlos, de doce años de edad, que aunque no tenía malas inclinaciones, carecía de la fuerza de voluntad necesaria para huir del mal cuando se acompañaba de otros muchachos de malos sentimientos.

Como el fabricante ignoraba las travesuras de mal género que fuera del establecimiento é instigado por sus compañeros, cometía Carlos, tenía en él tal confianza que le encargó la manutención y limpieza del perro.

Hacía dos meses que el aprendiz tenía á su cuidado al animal, cuando éste, sin que nadie pudiera averiguar la causa, perdió casi todo el apetito y en lugar de correr alegremente de un lado á otro como tenía por costumbre, permanecía echado día y noche sin hacer caso de nadie. No cabía duda alguna de que el animal estaba enfermo.

Carlos enteró á su principal de lo que ocurría, y éste le ordenó que al día siguiente que era domingo acompañara al perro al establecimiento de un albéitar muy entendido que vivía en el arrabal opuesto y le encargara su curación si la tenía, y que en caso contrario le diera muerte para que no se prolongaran los sufrimientos del pobre animal.

Salió el muchacho con la intención de cumplir fielmente con las órdenes de su amo, pero no había andado aún un cuarto de hora cuando tropezó en las inmediaciones del Sena con un compañero de muy malos antecedentes que le estaba ya aguardando para pescarle algunos cuartos, ó lograr por lo menos que le pagara el gasto en una especie de cafetín ó taberna, que era todos los días de fiesta el punto de reunión de un sin fin de pilluelos.

– No puedo ir hoy contigo, – le dijo Carlos de buenas á primeras, – porque he de acompañar el perro á que le reconozca el albéitar y le cure si tiene remedio.

– ¿Pero precisamente en un día como el de hoy que tenemos dispuestas grandes diversiones, te has de privar tú de nuestra compañía?

– No hay remedio: he de cumplir lo que me han ordenado.

– Dile mañana á tu principal que el perro se ha escapado. ¡Suéltalo!

– No puede ser, porque el perro una vez en libertad volvería por sus pasos á los talleres y me comprometería.

– Pues con echarle al Sena estamos en paz.

Aunque Carlos se opuso tenazmente en un principio á aceptar el siniestro plan de su compañero, cedió por fin á sus ruegos, y empujando los dos muchachos al animal lograron arrojarle al agua, pero con tan mala suerte que tras el animal cayó el desgraciado Carlos, mientras que su compañero en lugar de acudir en su auxilio ó por lo menos dar voces para que le socorrieran, echó á correr en dirección opuesta, para no comprometerse ni poco ni mucho.

A consecuencia del susto que la caída le produjo perdió Carlos completamente el sentido, y aunque era un buen nadador nada pudo hacer para evitar que le arrastrara la impetuosa corriente del caudaloso Sena.

El pobre animal, á pesar de su gran debilidad, hizo esfuerzos supremos para alcanzar una especie de muelle inmediato al puente y casi había ya logrado su intento cuando divisó á Carlos á quien la fuerza de la corriente había llevado á la orilla opuesta.

Al ver al muchacho cambió el perro rápidamente su rumbo, centuplicó desesperadamente sus esfuerzos hasta que logró dar alcance á Carlos, asirle por la blusa y ponerle en salvo.

Acudieron al lugar del suceso cuantos tuvieron la dicha de presenciar el acto heroico del animal, prodigaron á Carlos los cuidados que su estado requería, secaron al fuego sus ropas y al cabo de hora y media le acompañaron á sus talleres; allí confesó á su principal todo lo que había ocurrido y éste le concedió su perdón en la confianza de que después de tan terrible escarmiento abandonaría las malas compañías.

Aquella misma tarde acompañó al perro al establecimiento del albéitar, ordenó éste el plan curativo que creyó necesario, y con éste y los grandes cuidados de Carlos desapareció por completo la enfermedad del animal.

En lo sucesivo Carlos en lugar de frecuentar las tabernas, permanecía en los talleres, aun en las horas que tenía libres, pues tomó tal cariño al perro que no estaba á gusto sino á su lado.



LO QUE NO HAY EN EL PUEBLO, *apunte de B. Galofre*

Para no quedar nunca ocioso aprendió á leer y á escribir; su principal viéndole aplicado se encargó de completar su educación y con el tiempo el aprendiz Carlos llegó á ser mayordomo.

Con el trato de los malos compañeros hubiera sido indudablemente un criminal; aplicado al trabajo y al estudio fué un hombre útil á la sociedad.

ALBERTO LLANAS.

EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD
en Alcalá de Henares

I

El 14 de marzo de 1500 (aunque algunos escritores señalan otras fechas), puso el Cardenal Cisneros la primera piedra del famosísimo edificio, bajo el nombre de Colegio de San Ildefonso y dirección de Pedro Gumiel; pero esta obra primera, de ladrillo y mucho más modesta, fué sustituída en gran parte, á poco de morir Cisneros, por la presente, harto más suntuosa y que se debe á Rodrigo Gil de Ontañón (ayudante de su padre Juan en las Catedrales de Segovia y nueva de Salamanca) y á otros varios constructores que le sucedieron.

Sabida es la nombradía que aquel centro de enseñanza alcanzó en España y aun fuera de ella; que en 1836 se suprimieron en él los estudios, trasladándolos á Madrid; que más tarde se vendió aquel monumento en 30,000 reales al conde de Quinto; y que, por último, en 1851, á fin de evitar su demolición, varios vecinos de Alcalá lo adquirieron en 90.000 reales, cediendo su uso á los PP. Escolapios, los cuales, desde 1861, tienen establecido en él uno de sus colegios.

La antigua fachada, de Gumiel, pertenecía probablemente al estilo mudejar; pero, aunque según documentos de la época era tan sólida, que costó trabajo á Ontañón deshacerla, acaso en la mente del fundador tampoco estaba destinada á subsistir: á esto – según la tradición, al menos – parece que alude la inscripción (*en luteam olim celebra marmoream*) que hizo poner en dicha fachada primitiva y hoy se lee en la balaustrada del primer patio, obra del siglo XVII.

Este edificio, que comprendía en un tiempo, no sólo al referido Colegio Mayor, sino á otros varios, ha experimentado, como debe el lector presumir, graves vicisitudes y alteraciones, que, según se acaba de ver, comenzaron muy desde el principio y siguieron hasta nuestros días, en los cuales, las partes que de él conservan carácter monumental son: la fachada, el paraninfo, la capilla y alguno de los patios.

Fué la primera mandada hacer por el Rector don Juan Turbalán, en 1540 (43 años después de la fundación), el cual encargó la nueva obra, como ya se ha dicho, á Ontañón. La reconstrucción duró de 1541 á 1553: en este tiempo, derribó gran parte de la obra antigua, salvándose la capilla y algún otro departamento, reformó los tres patios principales é hizo la fachada actual.

Compónese ésta de un gran cuerpo central y dos alas laterales. El primero tiene tres pisos, con tres huecos en cada uno de los dos inferiores y diez en el último, donde forman una galería repartida en dos tramos, separados por la decoración central que sube desde la portada. El hueco de ésta se halla cerrado por un arco carpanel con archivolta y jambas de escaso resalte al uso del tiempo, y adornadas por el cordón franciscano; en la clave, lleva dos genios alados, mascarones, cintas y bichas; y análogos motivos ocupan las enjutas. A cada lado de la puerta, dos columnas corintias sostienen el entablamento; en el piso principal, otras columnas pareadas corresponden con ellas; y ocupa el centro, sobre la puerta, un balcón idéntico á todos los de esta zona, salvo en las dos figuras con alabardas que lo flanquean y los dos escudos de Cisneros que en la parte superior resaltan. Otras dos estatuas se apoyan sobre estos pares de columnas, á la parte exterior. El tercer piso de esta composición central se halla adornado lateralmente por pilastras pareadas, á plomo sobre las columnas inferiores; en cada uno de los huecos que dejan entre sí esas pilastras, hay una estatua, á la que debió corresponder otra en lugar análogo en cada uno de los pisos inferiores, pues conservan repisas para ellas en los intercolumnios. Por último, entre esos pares queda un amplio lienzo, que interrumpe, como ya se ha dicho, la galería alta y llenan las armas imperiales, rematando en un frontón triangular, en cuyo centro, dando la bendición, entre grupos de ángeles, asoma el indispensable Padre Eterno de casi todos los frontones de la época, descendiente más ó menos legítimo del de Miguel Angel en la capilla Sixtina.

Esto, en cuanto al centro de la fachada. Perfilan cada uno de sus lados y los separan de las alas, abajo, una pilastra decorada, y sobre ella, una columna: recuérdese que, por esta parte, sólo tiene dos pisos la fachada. En el lienzo que queda en el inferior, hay una hermosa ventana, con jambas, dintel y frontones adornados y con medallones en los tímpanos; arriba, corresponde un balcón, semejante en un todo al del centro, ó sea, de arco redondo, flanqueado por dos columnas, cartelas y flameros y coronado por un bello frontón, en cuyo fondo se ostenta el escudo de Cisneros con dos bichas. – Por último, sobre la imposta se levanta la galería alta, de que ya se ha hablado, cuyos huecos, también de arco redondo, se dividen por columnas estriadas y cuya cornisa cierra una balaustrada, decorada á trechos por flameros, salvo en las dos esquinas, donde les sustituyen dos cuerpos cónicos, algo semejantes á los pináculos góticos.

Las alas laterales del edificio ofrecen disposición análoga. En la planta baja, se repiten las ventanas del cuerpo central; pero se añade otra en cada lienzo, más alta y pequeña, que descompone la simetría de aquél, si bien concierta con la del opuesto. La zona del principal se halla ocupada por dos ventanas, una encima de otra, que vienen como á subdividirla en dos zonas, aunque sin imposta ni elemento alguno que acuse la subdivisión. De ambas ventanas, la inferior es la más rica, presentando una columna á cada lado, frontón, estatuas, escudos y jarrones.

Y entre la ventana superior y el ángulo que forma el resalte del cuerpo central, hay otra ventanilla cuadrada, que ofrece – si bien del lado opuesto – la misma falta de simetría que en el piso inferior ha poco se notaba. A excepción de estos diminutos huecos, todos los demás poseen hermosas rejas, ya de traza gótica, ya de Renacimiento.

No es este el único resto ojival que presenta la fachada. Además de los pináculos de la cornisa y de aquella falta de simetría en los huecos, las pilastras y columnas que perfilan los ángulos del cuerpo central, como los de las alas, recuerdan algo de la función y carácter de los contrafuertes. Pero, salvo estos raros extremos, en su conjunto esta fachada corresponde por completo al tipo del Renacimiento, dentro del cual constituye una de las más importantes y características muestras de nuestra arquitectura civil. La distribución general de las masas es de buen efecto; la decoración, ostentosa y por lo común bien compuesta, aunque sólo de mediana ejecución; y si en la manera disparatada y arbitraria de combinar cartelas, frontones y motivos, fuera de toda razón aparente, se revela el germen de una degeneración inevitable, achaque es este de todo el sistema arquitectónico del tiempo. Rompiendo el vínculo interno y esencial entre la estructura y la decoración de los edificios, entre la función mecánica y la función estética de cada uno de sus elementos, sienta un principio característico de todos los estilos decadentes, como lo había sido ya, por lo demás, el del último gótico, cuya caprichosa profusión hereda el Renacimiento y casi eleva á ley fundamental de sus evoluciones. Pues en cuanto á esa ruptura y á esa sinrazón en el ornato, el gótico del XV ó del XVI es en verdad muy otra cosa que el del XIII y tan vituperable como el plateresco y el Renacimiento fastuoso.

No se entiendan pues estas observaciones en el sentido romántico sentimental y exclusivista de los idólatras de la Edad media, incluso Street, ni de sus diatribas contra lo que ellos llaman «estilo pagano» de los edificios.

F. GINER DE LOS RÍOS



ZENORA PASTRANA, mujer barbuda (*de una fotografía*)

LAS CANALIZACIONES ELECTRICAS en Londres y en París

En los momentos en que muchas compañías van á dar en breve principio en París á instalar el alumbrado eléctrico, no huelgan algunas consideraciones sobre las canalizaciones eléctricas ni recordar cuanto se ha hecho hasta aquí acerca de este asunto.

Hablaremos ante todo de las canalizaciones de la ciudad de Londres. Todas eran hasta hoy *aéreas*. En los tejados de las casas hay empotrados postes de hierro (fig. 1), con aisladores de porcelana por los que pasan los alambres en todas direcciones, no siendo raro ver en un mismo apoyo cables destinados á la luz eléctrica junto á otros para los servicios telegráfico y telefónico. Los cables destinados á las corrientes alternativas de alta tensión (2400 voltz) están colocados del mismo modo. Citaremos principalmente los cables de la estación de *Grosvenor Gallery* (sistema Ferranti) que surcan la ciudad en varios sentidos y se extienden en un círculo de 4 kms. de radio. La estación de *Oxfort Street* por transformadores Mordey (2400 volts) tiene asimismo sus cables colocados en los tejados.

Los propietarios de las casas se habían prestado hasta ahora á otorgar las autorizaciones solicitadas al efecto, mas en vista de los numerosos circuitos que varias compañías se disponían á instalar para la distribución del fluido eléctrico, la *Board of Trade* ha resuelto negar todas las peticiones de permisos presentadas con tal objeto. Estas peticiones deberán transformarse en solicitudes de órdenes provisionales; no siendo dudoso que en estos momentos se estudien con atención, los inconvenientes de los circuitos aéreos, y que los subterráneos sean los únicos tolerados en el mismo Londres.

Y en efecto, los primeros presentan graves inconvenientes y ofrecen serios peligros. Si estalla una tempestad algo violenta ó caen copiosas nevadas, cosa frecuente en Londres, al punto se rompen muchos hilos y caen bastantes postes: á los perjuicios materiales hay que agregar los peligros que ofrecen unos hilos que están á muy alta diferencia de potencial, entre otros el de que si llegan á caer sobre una persona, perece ésta como herida por un rayo. Estas desgracias, que han ocurrido con frecuencia en los Estados Unidos, han obligado á los norteamericanos á resolver que en lo sucesivo todas las canalizaciones sean subterráneas.

Por otra parte, el aspecto de las ciudades ganará mucho si se adoptan tales medidas, pues es poco agradable, desde el punto de vista del ornato, ver esas series de hilos mezclados en todos sentidos, cruzándose, ramificándose, á menudo con soportes de los más variados, y esto en un mismo tejado y á corta distancia. Entre todos los modelos, citaremos el representado en la fig. 2.

Para evitar los efectos de inducción, los hilos están á veces cruzados en varios sentidos (fig. 3), de suerte que no se ve más que una red inextricable de alambres. La Compañía de Teléfonos ha tenido, por esto, la precaución de instalar en los tejados unas torrecillas de madera, en las que todos sus hilos están perfectamente separados, aunque á cierta distancia llegan forzosamente á parecer una madeja.

Por todas estas razones plausibles, creemos que tarde ó temprano desaparecerán los hilos aéreos. Ya tenemos un ejemplo de ello en las canalizaciones que la compañía de *South Kensington* ha hecho en Londres. Esta estación central hace la distribución por medio de acumuladores situados en sus talleres. Los conductores son de cobre desnudo, colgados de aisladores de porcelana en canaleras de ladrillo cerradas. Estas canaleras (figs. 4 y 5) están construídas debajo de la acera, y basta levantar la baldosa para inspeccionar los circuitos. Al pronto parece que esta disposición no ofrezca ventajas, en razón de las derivaciones que pueda haber; pero M. Crompton está satisfecho del funcionamiento de este sistema, y jamás ha habido avería alguna en los hilos. Se examina la canalización de vez en cuando y se limpian éstos.

En clase de canalización subterránea, también debemos mencionar la de algunos cables de la estación de *Grosvenor Gallery*, situados debajo de tierra en tubos de hierro.

París está á la zaga de Londres por este concepto. Las estaciones de la *cité Bergere* y del *faubourg St. Martin* tienen cables aéreos; pero las nuevas Compañías que acaban de obtener concesiones no podrán menos de establecer canalizaciones subterráneas. Las cloacas se han reservado eventualmente para los cables del servicio municipal, lo que tal vez no sea una ventaja, si se considera que los cables, aunque pasan por debajo de abrigos protectores, como molduras y otros, pueden estar á merced del personal que circula por la cloaca, y expuestos á la humedad y á otras muchas causas de averías. Hay que añadir que las cloacas están ya ocupadas por cables telefónicos, telegráficos y tubos de distribución de aire comprimido.

En la fig. 6 representamos el corte de una en la avenida de la Opera. A es una cañería de agua de 1 metro de diámetro, B y C otras dos de 10 centímetros, D el conducto para las distribuciones de aire comprimido, de 20 centímetros, E muchos gruesos manojos de hilos telegráficos y telefónicos, F el tubo de paso del aire comprimido para arreglar la hora de los relojes neumáticos, y aun habría que añadir los tubos que sirven para el correo neumático en París. Se echará especialmente de ver el gran número de conductores establecido ya. En tales condiciones de instalación, sobre todo para corrientes alternativas, es absolutamente indispensable tomar precauciones para evitar los fenómenos de inducción. Parecería que el medio más ventajoso á este fin fuese el adoptar cables concéntricos; pero estos cables, usados ya en muchas distribuciones, presentan graves inconvenientes tanto por las derivaciones cuanto por la seguridad del servicio, y á pesar de las pruebas hechas, no se han adoptado enteramente en la práctica. Es pues muy probable que no se utilicen las cloacas.

Las varias compañías de alumbrado eléctrico tendrán pues que ingeniarse para encontrar modelos de cañerías á fin de colocar en ellas sus cables del modo más ventajoso posible.

(De *La Nature*)

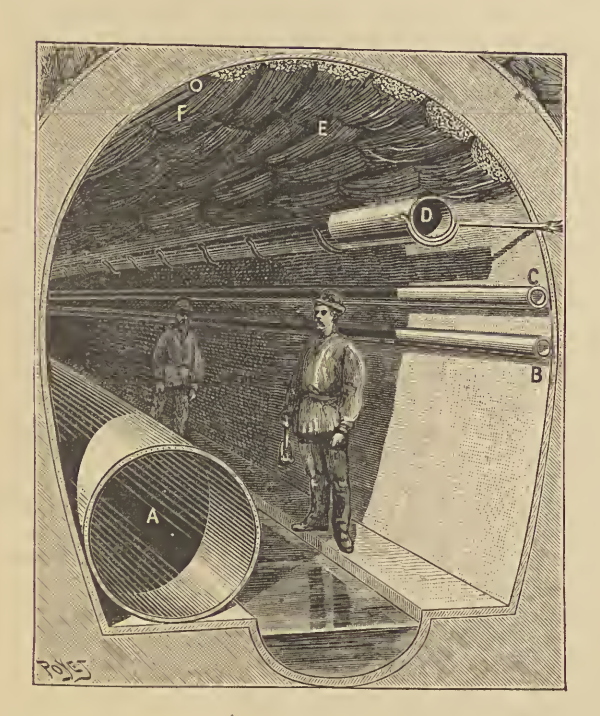
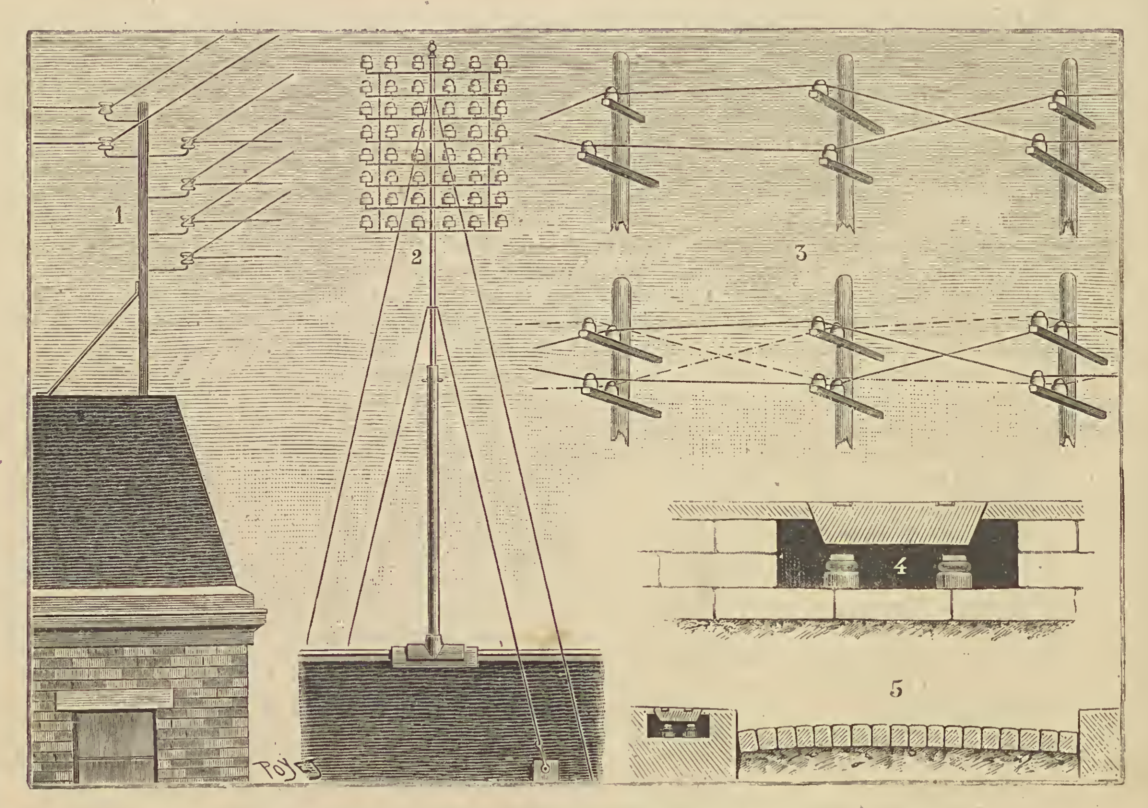


Fig. 6. – Sección vertical de una cloaca de la avenida de la Opera, en la que se ven las canalizaciones eléctricas



Figs. 1 á 5. – Diferentes sistemas de canalizaciones eléctricas y subterráneas en Londres

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN